

EL MAR

CARLOS MURCIANO

la fuente que mana y corre

LAS PALMAS, 1968



BIBLIOTECA
MANUEL HERNANDEZ

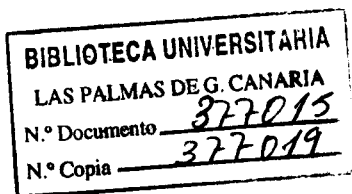
X

CARLOS MURCIANO / EL MAR

Para Manolo Hernández,
con mi gratitud, mi recuerdo,
mi amistad y mi abrazo.

Carlos Murciano

68



Fundadores:
MANUEL GONZALEZ SOSA
ARTURO MACCANTI
ANTONIO GARCIA YSABAL

5

EL MAR

CARLOS MURCIANO

Dibujos de ANTONIO PADRON

la fuente que mana y corre

LAS PALMAS, 1968

CARLOS MURCIANO

nació en Arcos de la Frontera (Cádiz), en 1931. Intendente Mercantil. En 1949 funda, con su hermano Antonio y otros poetas, la revista «Alcaraván». Ha publicado los siguientes libros de poesía: El alma repartida, Viento en la carne (accésit del Premio Adonais de 1954), Poemas tristes a Madia, Angeles de siempre, Cuando da el corazón la media noche, Tiempo de ceniza, Desde la carne al alma, Un día más o menos (Premio Ciudad de Barcelona de 1962), La noche que no se duerme, Estas cartas que escribo, Los años y las sombras, (Premio Ausias March de 1965) y Libro de epitafios (Premio Juan Boscán de 1966). En prosa, dos ensayos (Las sombras en la poesía de Pedro Salinas y Una monja poeta del XVI) así como un volumen de cuentos (La aguja), género que cultiva con acierto, según han corroborado los premios obtenidos («Sésamo», «Gabriel Miró», «Doncel», etc.).

1

ENTONCES era el tiempo una palabra desconocida; entonces, de tanto como había que olvidar, el olvido tenía un diferente y dulce nombre.

Vivir: eso era todo.

Eso era todo lo que el hombre de ahora, niño alegre, repetía en cada rosa y cada roce.

(Rozaba el aire su cabello. Iban por su celeste edad los ruisseños).

Pero tú, mar, no eras. Todavía no eras conmigo, mar. Conmigo eran los bosques, las palomas, el río, las nevadas casas arracimadas contra el borde



del abismo, las huertas olorosas
a naranjas y a paz, los horizontes
desvaídos, los mansos olivares,
las piedras altas de las torres.
Pero tú no eras nada todavía,
mar. O quizás un niño pobre
rodando a conocer lo que no estaba
a sus alcances. Mar, ¿me reconoces?
¿Reconoces ahora al pobre niño
que no tenía tuyo más que el nombre
y alargaba la mano mendicante
hacia la indiferencia?

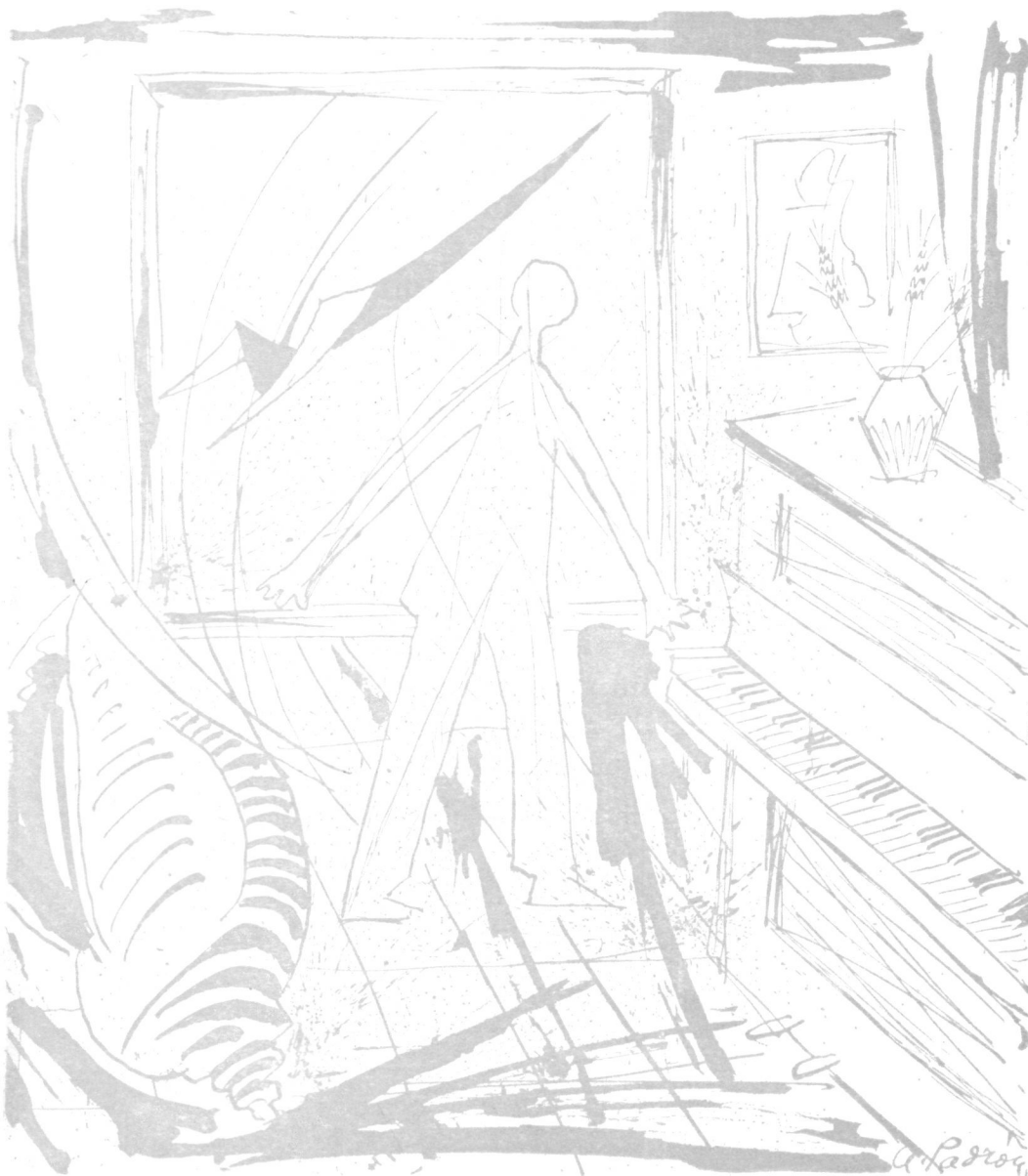
Mar, responde.

Callas. Mejor así. Mejor que calles,
mar de mis sueños, claro mar insomne.
Ayer también callabas y mi sangre
repetía el silencio de tus voces.
Ayer. Sí, ayer. Porque hubo un tiempo puro,
un tiempo luminoso —¿dónde
su cargazón de lluvia y melodía,
su moneda de cobre?—
en el que se vivía y se olvidaba
y se olvidaba y se vivía. Entonces
el mar era tan sólo una palabra.
Una palabra. Nada.

Mar, perdóname.

2

Y un día, de repente, se hizo lumbre mi corazón. Tenía una ventana para mirarte, mar, un breve hueco para que se asomase mi esperanza. Estabas, mar, inmóvil, pero siendo verdad, en aquel cuadro de la sala (la sala con sillones imposibles de terciopelo rojo, con doradas cornucopias, con pálidos marfiles, con un piano hundido en la nostalgia y el desnudo feliz de aquella Venus que en un espejo, mar, se deshojaba; Venus que tú naciste y que, en olvidos, te volvía la espalda).



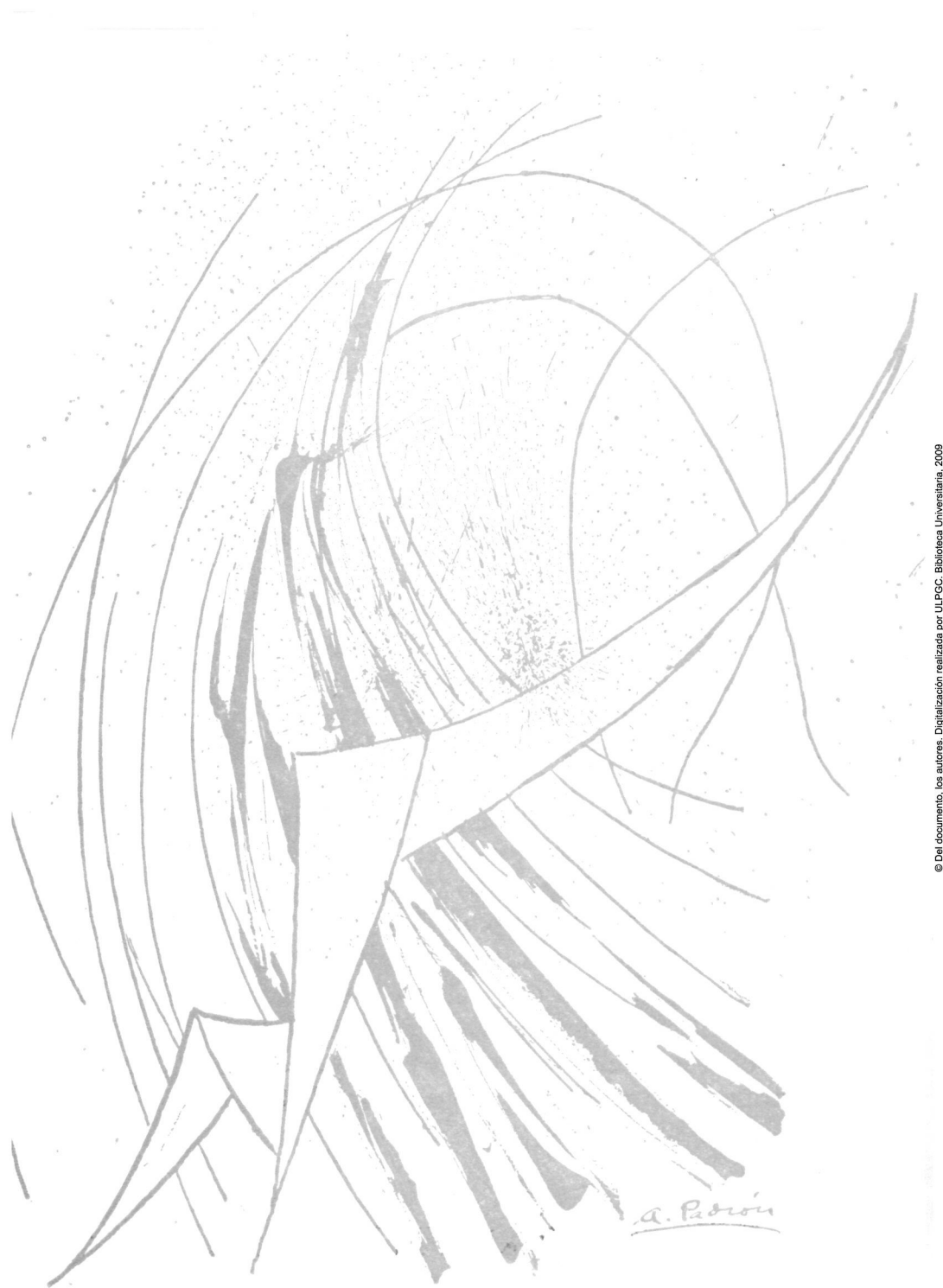
A. Padro

Inmóvil te mecías; silenciosa-
mente rumoreabas;
te crecía la espuma, te crecían
las gaviotas —cruz y raya—,
te crecía del pecho el seno duro
de la boya, temblaba
sobre tu piel el viento detenido
y un pescador, ceniza ya la barba,
buscaba en su silencio el oro vivo
de tu silencio, mar: tu plata.

Estabas en la tela, pero siendo
verdad, bálsamo azul para mis ansias,
inalcanzable y verdadero,
mudo y hablando con voz de agua,
ignorado y reconocido
ola por ola, alga por alga.
En ti morían mis caminos,
se deshacía mi desesperanza;
por ti, mar de aquel cuadro inolvidable
en el rincón más mío de la sala,
por ti, mar de mi sed, y por aquella
caracola de nácar
que sobre el mármol rubio
repetía su son, su sonrisa rizada,
tuvo, mar de mis sueños,
mar de verdad mi infancia.

3

Y otro día, la lumbre por el pecho
ya remansada y, sin embargo,
clavando como nunca sus cuchillos
de sangre, a martillazos,
vine a tu soledad. Era el otoño.
Era el otoño tibio y manso
del Sur. Los olivares
ofrecían su fruto preparado
y en las viñas lloraban
huérfanos de racimos ya los pámpanos.
Hablaban el tren con su palabra de humo,
le preguntaba al oro de los campos
otoñados por ti, me preguntaba
con su silbo por ti... Yo te sentía, mar, cercano,



te presentía en el sabor que el aire
tomaba, a sal, entre mis labios.
Y de pronto te vi —yo te sabía
desde hace siglos, mar— mover la mano
y saludarme alegre, viejo amigo,
recordando mi tiempo de niño solitario,
tu compañía con mi olvido,
mi dialogar con tu retrato.

También yo te sabía, mar, te juro
que te sabía, exacto.
Eras así, tenías
que ser así, ni más ni menos: claro
y turbio, azul y gris, inmenso y breve,
sosegado y rebelde, amargo
y dulce, susurrante y silencioso,
libre en tu propia soledad y esclavo.
Frente a ti me encontré conmigo mismo,
supe que tú eras parte de ese algo
que me faltaba, que ese dedo negro
—aro de espuma, uña de luz: el faro—
que emergía de ti, me descubría
lo que me estaba señalando.

Amigo mío, hermano mío, padre
mío, gigante mío, si te canto
y te traigo a mis versos y los pongo

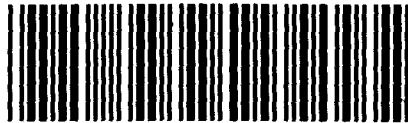
con tu memoria de agua chorreando,
es por esto, por esto que te digo,
pero también por esto que me callo
y que tú sabes tan, tan bien, campana
—¡también!—, dentro del pecho, repicando.

Este cuaderno, número cinco de la colección La fuente que mana y corre, se acabó de imprimir el día 26 de Enero de 1968, en los talleres de Pedro Lezcano, Paseo de Tomás Morales, 17, Las Palmas de Gran Canaria.

Depósito Legal G. C. 47-1968



BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



377019

BIG 860-1 MUR mar

Volúmenes publicados:

1. PINO BETANCOR:
Los caminos perdidos.
2. ARTURO MACCANTI:
El corazón en el tiempo.
3. LUIS FERIA:
El funeral.
4. PEDRO PERDOMO ACEDO:
Oda a Lanzarote.
5. CARLOS MURCIANO:
El mar.

